



VIDA EJEMPLAR
DE
SANTA ROSALIA,
PRINCESA DE PALERMO.

ESPECIAL ABOGADA CONTRA LA PESTE.

PRIMERA PARTE.

En la ciudad de Palermo,
corte insigne y celebrada,
en el reino de Sicilia,
provincia hermosa de Italia,
nació santa Rosalia
de tan antigua prosapia,
y de sangre tan ilustre,
que en la cristiandad no hay casa
de emperadores ni reyes
con quien no esté emparentada,
siendo esmalte su nobleza
los méritos que la ensalzan.
Hija fue de Sinibaldo,

de la real casa de Francia;
conde en Sicilia de Rosas,
y general de las armas;
y sobrina de Rugero,
de quien el reino heredaba.
Antes que esta rosa bella
diera al mundo su fragancia,
se vieron claras señales,
que la deidad Soberana
la tenia ya escogida
para esposa y destinada
para ser del mundo asombro,
aviso de las profanas,

y ejemplar de penitentes.
 Para que todo imitara
 al divino precursor,
 quiso que fuese anunciada,
 á así dispuso que un ángel
 á su madre visitara,
 y la noticiase el día
 del feliz parto que aguarda,
 y que la dichosa niña,
 cuando reciba la gracia
 en el primer Sacramento
 de nuestra Iglesia Romana,
 que la llamen Rosalia,
 que asimismo Dios lo manda,
 porque quiere que sus rosas
 que son timbre de su casa,
 al nacer la den el nombre
 y al morir la coronaran.
 Nació esta hermosa princesa,
 y aunque fué tan deseada,
 no nació para reinar,
 que como prenda tan alta,
 desde sus primeros años
 la tuvo Dios tan guardada,
 que hasta su dichosa muerte,
 vivió siempre resguardada.
 Criábase aquesta niña,
 y las primeras palabras
 que pronunció en su niñez,
 fue decir con voz muy clara:
 Jesus, María y José;
 y desde su tierna infancia
 fue inclinada á la virtud
 y diestra en ejercitarla;
 que aunque tenían sus padres
 maestras que la enseñaran,
 escedió su entendimiento
 las reglas de la enseñanza.
 Era discreta y hermosa,
 muy honesta y recatada,
 y aunque princesa, era humilde
 en la condicion muy llana,
 muy piadosa con los pobres,
 y en dar limosna muy franca.
 Mas como siempre á los niños
 todo lo vistoso agrada,
 con el traje de princesa
 se fue inclinando á las galas,
 como niña y no por eso
 hizo su virtud mudanza.

Siendo ya de doce años,
 trata el padre de casarla
 con el conde Valduino,
 sobrino del rey de Francia,
 y deudo de rosalia
 para que los dos reinaran.
 Mas como Dios la tenia
 para corona mas alta,
 escogida por esposa,
 vino amante á visitarla.
 Estando en su cuerto un día
 ricamente aderezada,
 le dió una dama el espejo
 para que en él se mirara,
 y al ver en él su rostro,
 vió á la Imagen soberana
 de Cristo crucificado,
 vertiendo sangre sus llagas,
 y que con voz muy sentida
 la decia estas palabras:
 mira cual estoy por ti,
 Rosalia, mal me pagas
 si á la vanidad te entregas;
 deja esas profanas galas,
 y si quieres hermosura,
 á tu rostro color saca
 de esta roja sangre mia,
 que por tu amor se derrama;
 has de mis espinas joyas,
 y estarás mas adornada,
 que las que en el pecho tienes
 son lazos para las almas,
 con que el demonio aprisiona
 a cuantos de mí se apartan,
 buscando su perdicion
 en la liviandad profana.
 Si deseas ser mi esposa,
 y quieres lograr la palma
 de mis amadas esposas,
 vete al Salvador mañana,
 y allí harás solemne voto,
 que es mi gusto que lo hagas.
 Recibe Sacramentado
 mi Cuerpo, porque tu alma
 se limpie de tus descuidos,
 y se adorne con mi gracia.
 Entonces serás mi esposa,
 dándome mano y palabra
 de ser como esposa mia,
 humilde, obediente y casta.

De este prodigio la niña
 quedó absorta y desmayada,
 y la criada confusa;
 porque tambien la criada
 conoció que á su señora
 en el espejo la hablaban.
 Recobróse Rosalia,
 y de rodillas postrada,
 bañando en llanto sus ojos,
 ha dicho con tiernas ansias:
 Soberano dueño mio,
 perdona mis ignorancias;
 confieso que inadvertida
 te he correspondido ingrata,
 ya lo conozco y me pesa;
 mas os doy firme palabra
 de dar por tu amor la vida,
 y vivir crucificada,
 como vos lo estais por mí,
 que amor con amor se paga.
 Yo renuncio el ser princesa,
 por ser vuestra humilde esclava;
 que no quiero mas corona
 que vivir en vuestra gracia.
 Se fué Cristo del espejo,
 y al verse en él retratada,
 hizo el espejo pedazos
 para que no se mirára
 la humilde fragilidad
 donde vió la deidad sacra.
 Despojóse de sus joyas,
 pisándolas con sus plantas;
 y tomando unas tigeras,
 con resolucion bizarra
 se cortó el hermoso pelo,
 y con desprecio lo trata;
 y desnudándose, dijo:
 á fuera profanas galas,
 loca vanidad, á fuera,
 que ya estoy desengañada
 que los adornos del cuerpo
 son borrones para el alma.
 Se vistió de humilde trage,
 y en su aposento encerrada
 pasó aquel dia y la noche;
 y así que rompió el alba,
 se fué al Salvador á misa
 sin ser de nadie notada.
 Llamando á su confesor
 le cuenta lo que le pasa;

y prudente la aconseja,
 que no se resista en nada,
 que obedezca en todo pronta,
 supuesto que Dios la llama.
 Confesó generalmente,
 en tierno llanto anegada,
 juzgando por graves culpas
 las que fueron leves faltas.
 Recibió sacramentado
 á Cristo, y para dar gracias,
 se entró sola á una capilla
 de la Virgen soberana,
 que tenia un niño en brazos,
 y de rodillas postrada
 celebró el solemne voto
 con discretas circunstancias.
 Volvió el Niño el rostro alegre,
 y afable la mano alarga,
 dándosela á Rosalia,
 y un precioso anillo en arras
 en señal de matrimonio:
 y la que es llena de gracia
 fué la madrina, y testigos,
 los ángeles de su guarda.
 Estando ya Rosalia
 con su amante desposada,
 comenzó á crucificarse
 por cumplirle la palabra,
 con penitencias y ayunos,
 viviendo mortificada
 con tan ásperos cilicios,
 que piadosas las criadas
 les dieron cuenta á sus padres
 del rigor con que se trata.
 El padre de Rosalia,
 que tiernamente la amaba,
 y esperaba ver por ella
 la sucesion de su casa,
 juzgando que el nuevo estado
 hiciera en ella mudanza,
 abreviando el casamiento;
 fué á su cuarto á visitarla,
 y con discretas razones,
 y cariñosas palabras,
 dió á entender á Rosalia
 como estaba ya casada,
 y que aquella misma noche
 habian de desposarla.
 Aunque ella calló prudente,
 estaba determinada

de no casarse, aunque viera
 el cuchillo á la garganta.
 Apenas se fué su padre,
 cuando vió entrar por la sala
 dos bellísimos mancebos,
 ángeles en forma humana,
 diciéndola Rosalía,
 sabrás que tu esposo manda
 te saquemos de palacio,
 que quiere que en la montaña
 de Quisquina en una cueva,
 hagas vida solitaria.
 Alegróse Rosalía,
 lo propio que deseaba,
 y recelando prudente
 el peligro en la tardanza,
 dispuso luego el viage
 recogiendo sus alhajas;
 cilicios y disciplinas,
 libros y algunas estampas,
 y un divino crucifijo,
 el que ella contemplaba
 haber visto en el espejo,
 que siempre estuvo en su alma.
 Y haciendo un lio de todo,
 de los ángeles guiada,
 se salió de su palacio
 sin que nadie la estorbara;
 y yendo por el camino,
 aunque niña y delicada
 caminaba como un viento
 con el fardillo á la espalda.
 Anduvieron trece leguas.
 y llegando á la montaña,
 la subieron á la cumbre,
 á donde la cueva estaba,
 diciéndola: Rosalía,
 esta ha de ser tu morada;
 quédate en paz, y no temas,
 que tu esposo te acompaña:
 y aunque invisibles, nosotros
 hemos de estar en tu guarda.
 Así que se vido sola,
 entró á registrar su casa,
 y á disponer su oratorio
 y vestirse de hermitaña.
 Se puso un tosco sayal.

y en lugar de blanca blonda,
 vistió un hábito de cerdas
 para estar mortificada:
 su cama era el duro suelo,
 y una piedra su almohada;
 su alimento era la yerba,
 y era su bebida el agua,
 que la gruta gota á gota
 liberal la destilaba
 cuando por Dios la pedia:
 y haciendo copas de palmas
 con sus manos, de esta suerte
 la penosa sed saciaba,
 aunque por mortificarse
 la bebia siempre escasa.
 La oracion fué su egercicio,
 y las disciplinas tantas,
 que jamás se vió en el mundo
 rosa mas disciplinada.
 Aquí estaba Rosalía
 tan contenta y bien hallada,
 como si allí hubiera sido
 su nacimiento y crianza;
 pero el demonio envidioso
 del valor de una muchacha,
 dió principio á hacer la guerra
 procurando derribarla.
 La traia al pensamiento
 memorias que la inquietaran,
 acordándola sus padres,
 y acusándola de ingrata;
 la acordaba su palacio,
 sus amigas y criadas,
 sus joyas y sus vestidos,
 y el regalo de su casa,
 la grandeza en que se vido,
 y el estado en que se halla.
 Y viendo que Rosalía
 no hacia caso de nada,
 andaba muy desvelado
 intentando nuevas trazas.
 En donde la dejaremos
 á esta princesa hermitaña:
 y en otra segunda parte
 dirá Adarbe lo que falta
 hasta la dichosa muerte
 de esta prodigiosa Santa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



SEGUNDA PARTE,

*en que se refiere el resto de la penitente vida, y la prodigiosa muerte de
santa Rosalia de Palermo.*

Dejamos á Rosalia
penitente y hermitaña
en el monte de Quisquina
con dos ángeles de guardia,
del mismo Dios asistida,
quien por mas acrisolarla
permitió darle licencia
al demonio que con trazas
la tentase en el desierto,
porque viese su constancia;
con cuyo permiso al punto
afiló el dragon sus garras,
imaginando hacer presa
en esta princesa Santa.
La acometió al pensamiento
con mil tentaciones varias
por echarla de la cueva,
y que perdiera la gracia;
pero á todo Rosalia
tuvo las puertas cerradas.
Y viendo que se resiste
á la primeras instancias
con visible cuerpo quiso

presentarla la batalla.
Viéndola, pues cierto dia
de todo alimento falta,
buscando algunas raices
que la sirvan de vianda,
en forma de un caballero
que era criado de casa,
de quien fiaba su padre
los negocios de importancia,
con grande acompañamiento
dió á entender que la buscaba,
asustándola primero
con ruido de gente y armas.
Quiso volverse á la cueva,
pero los pasos la atajan,
y encontrándose con ella,
la dijo aquestas palabras:
gracias á mi diligencia,
que bien puedo darle gracias,
pues por ella he conseguido
todo cuanto deseaba,
como hallar tan alta prenda
que tomé empeño en buscarla,

despues de haber penetrado
 Italia, Francia y España,
 buscando tu real persona;
 pero ¿quien imaginara
 que estuviera una princesa
 en una cueva encerrada?
 ¿Posible es que una señora
 discreta, hermosa y bizarra,
 siendo princesa en Sicilia,
 que será reina mañana,
 así se deja á sus padres
 y el regalo de su casa,
 por vivir entre las fieras
 en esta áspera montaña,
 con tan conocido riesgo
 como á su alteza amenaza,
 sola en aqueste destierro,
 niña y con tan linda cara?
 ¿Por qué quieres imitar
 á Maria la Egipciaca,
 si ella fué tan pecadora,
 y tú inocente te hallas?
 si tú á Dios no has ofendido,
 ¿por qué con rigor te tratas?
 Vamos, señora á palacio,
 que tu padre nos aguarda
 tan penado de tu ausencia,
 que solo espirar le falta:
 y si por tu causa muere,
 te acreditas de tirana;
 y el ser cruel con los padres
 no es justo, ni Dios lo manda.
 ¿Qué me respondes, señora?
 Resuélvete ya: ¿qué aguardas?
 porque si no te resuelves,
 aunque al decoro faltara,
 te habré de llevar por fuerza,
 ó dejarte aquí con guardas
 hasta dar cuenta á tu padre,
 que es quien buscarte manda.
 Oyendo aquestas razones
 quedó confusa y turbada,
 sin saber que responderle,
 ni poder hablar palabra.
 Alzó los ojos al Cielo
 y á su amado Esposo llama,
 pidiéndole que la libre
 del peligro en que se halla.
 Acudió crucificado,
 lleno de luces muy claras

y le dice: esposa mía,
 no temas, que esa fué traza
 del demonio que pretende
 amancillar tu constancia;
 pero yo siempre te amparo.
 Ella respondió humillada:
 Soberano dueño mio,
 si tu Magestad me ampara,
 venga contra mí el infierno,
 que con ser mis fuerzas flacas
 antes perderé la vida
 que falte yo á mi constancia.
 La estimó Dios la fineza
 con amorosas palabras,
 y desclavándose un brazo
 estrechamente la abraza,
 arrimándola al costado
 dejándola confortada
 para mayores empresas
 como adelante la aguardan.
 El demonio muy corrido
 procuró tomar venganza
 en su delicado cuerpo,
 ya que no pudo en el alma,
 tomando forma visible,
 la dice con voz airada:
 loca, hipócrita, embustera,
 atrevida temeraria
 ¿qué haces en esa cueva,
 donde vives ignorada?
 ¿piensas engañar al mundo,
 porque te tengan por santa?
 de todos estos engaños
 tendrás muy presto la paga,
 porque tu padre ya viene
 á llevarte meniatada
 y á encerrarte como loca,
 que ese el premio que aguarda
 quien dá crédito á ilusiones
 y fantasías soñadas.
 Ya perdiste el ser Princesa
 y de tu padre la gracia;
 pero si librarte quieres,
 vete á España ó vete á Francia,
 que allí vivirás segura
 y serás muy estimada.
 Vete, que si no te vas,
 pondré fuego á esta montaña,
 ó haré que una horrible fiera
 te despedace en sus garras.

Mas viendo que no responde
ni temes sus amenazas,
la maltrata á crueles golpes
y por la cueva la arrastra,
dejando á la santa niña
mal herida y desangrada:
mas los ángeles piadosos
acuden á confortarla.
Aquí estuvo Rosalia
cruelmente atormentada
del infernal enemigo
por todas partes cercada;
pero siempre victoriosa
de infernales asechanzas,
hasta que el mismo demonio
determinó ya dejarla:
viendo la empresa imposible,
pues cuanto mas trabajaba
mas resplandecía en ella
la corona que la labra.
Murió su padre á este tiempo:
y de un ángel fué avisada,
como estaba al purgatorio,
que á su Dios por él rogara:
hizo oracion fervorosa,
pidiéndole á Dios que salga
de las penas que padece
que ella se obliga á la paga.
Salió el padre de las penas,
y vino á darla las gracias,
diciéndola que prosiga
en la vida comenzada.
Tres fiestas que Rosalia
por devocion celebraba.
Resurreccion, Ascencion,
y la venturosa pascua
del nacimiento de Cristo,
su esposo por festejarla,
las celebraba en la cueva
con grandeza soberana,
formándola una capilla
ricamente aderazada,
y un supremo sacerdote
decía misa cantada,
la daba la comunión,
san Pedro la predicaba,
y la capilla del Cielo
con su música bajaba,
é infinitos convidados,
ángeles, santos y santas,

y la Emperatriz del Cielo
la funcion autorizaba.
En acabando la fiesta
la daban todos los gracias,
é infinitos parabienes
de la gloria que gozaba,
dejándola á Rosalia
el alma en gloria anegada.
En la oracion cierto dia,
con humildad contemplaba
lo mucho que á Dios debía,
y lo mal que ella le paga;
que él la obliga con finezas,
y ella no la sirve en nada:
la estremeció este discurso,
y Cristo por consolarla
se le apareció en la cruz,
y la dijo estas palabras:
muy amada esposa mia,
por lo mucho que me agrada
el valor con que padeces,
y el amor con que me amas,
he de darte una corona
de flores de tal fragancia,
que han de preservar á muchos
de la corrupcion humana,
de la contagiosa peste
que mi justicia amenaza,
y cuantos por tí me pidan
se librarán de mi saña.
Ahora es mi voluntad
que de aquesta cueva vayas
á vivir en otra cueva
que te tengo preparada
en el monte Peregrino,
á dos millas de distancia
de Palermo; porque allí
se perpetue tu casa:
los mismos que te trajeron,
que contigo tambien vayan,
que esta mudanza ha de ser
el crisol de tu constancia.
Obedeció la doncella,
y para hacer su jornada
se despidió de la cueva,
recogiendo sus alhajas.
y por mandado de un ángel
en una piedra grabadas
dejó unas letras que dicen:
Rosalia Sinibalda,

hija del Conde de Rosas,
 y princesa propietaria,
 de mi voluntad renuncio
 cuantas riquezas humanas
 me tocan y tocar puedan.
 Y en la misma cueva se hallan
 en lengua latina escritas,
 como las dejó la santa.
 Pasó al monte Peregrino,
 y el palacio que la aguarda
 es una cueva horrosa,
 muy fria y desabrigada;
 en un peñon eminente,
 que está á la orilla del agua,
 y en un hueco de una peña,
 de lo ancho de dos varas
 hizo nido esta paloma,
 y allí tuvo su morada
 por tiempo de siete años.
 Y cuando ya se acercaba
 de su partida la hora
 de su amor tan deseada,
 enfermó de calentura;
 y viendose ya postrada,
 pidió á Dios que la conceda,
 que antes que del mundo salga,
 reciba los sacramentos
 para morir consolada.
 Se lo concedió piadoso,
 y á los ángeles les manda
 que partan á la ciudad,
 y que vayan á la casa
 de Cirilo el sacerdote,
 hombre de vida muy santa,
 y de su parte le digan
 que los sacramentos traiga
 á una santa penitente,
 que á la muerte está cercana.
 Fueron los embajadores,
 y dandole la embajada:
 obediente se previno
 de las cosas necesarias.
 Salieron de la ciudad,

y los dos que le acompañan
 fueron por todo el camino
 alumbrando con dos hachas.
 Llegó Cirilo á la cueva
 donde Rosalia estaba
 en un rincon retirada,
 honestamente acostada.
 Recibió los Sacramentos,
 y luego su esposo manda
 cuente á Cirilo su vida
 para que la publicara;
 se la dijo por estenso;
 y acabando de contarla
 se llenó toda la cueva
 de resplandor y fragancia,
 y vido Cirilo entrar
 á la Virgen soberana,
 siendo trono de su Hijo,
 y llegándose a la cama
 de la enferma Rosalia,
 estrechamente la abraza.
 y en los brazos de la Virgen
 Rosalia entregó el alma,
 en las manos de su Esposo,
 que la puso una guirnalda,
 y coronada de rosas,
 del esposo acompañada,
 de su soberana Madre,
 ángeles, santos y santas,
 subió triunfante á la gloria
 la rosa Palermitana,
 dejando acá sus reliquias
 en la cueva sepultadas,
 dentro de la misma piedra
 que al cuerpo sirvió de cama;
 y ahora en el mismo monte
 tiene su templo la Santa,
 y es de todas las naciones
 conocida y venerada.
 Y así pidámosla humildes
 nos alcance de Dios gracia
 de imitarla en su virtudes
 y libre de peste á España.

FIN.

CARMONA:—1856.

Imprenta de D. J. María Moreno, calle Juan de la Cabra, núm. 5.